

## NUEVO TESTAMENTO

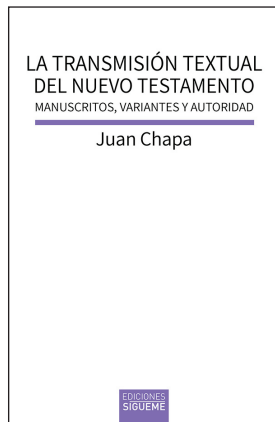
Este libro da cuenta de la situación, condiciones e implicaciones de los manuscritos en los que se encarna el Nuevo Testamento

## La ‘carne’ de la Escritura

En 1943, el papa Pío XII utilizó en la encíclica *Divino afflante Spiritu* la siguiente comparación: “Así como el Verbo sustancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todas las cosas, ‘excepto el pecado’ (Heb 4, 15), así también las palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se hicieron semejantes en todo al humano lenguaje, excepto el error” (n. 24). No creo que esta imagen pontificia se aleje demasiado del contenido de este libro que presentamos. En efecto, la obra de **Juan Chapa** –profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y eminente papirólogo– se ocupa de la “carne” del Nuevo Testamento, es decir, de sus manuscritos y variantes, como reza el subtítulo. Y esta me parece la gran virtud del libro: dar cuenta –con precisión y solvencia– de la situación, condiciones y trascendencia o implicaciones de los manuscritos en los que se encarna el Nuevo Testamento.

La obra comprende siete capítulos más una conclusión. El primero de ellos se ocupa de los testigos: los papiros más antiguos del Nuevo Testamento, destacando algunas cuestiones de gran importancia, como la preferencia por el códice (frente al rollo) y la presencia en ellos de *nomina sacra*, es decir, esa especie de abreviaturas de determinados nombres con un peso teológico importante: Dios, Cristo, **Jesús**, Hijo, etc. Algunos otros indicios invitan a pensar que esos manuscritos fueron concebidos para ser leídos en una asamblea, más que para uso personal.

El segundo capítulo aborda algunas variantes significativas, como la perícopa de la mujer adúltera (Jn 8, 1-11) o la agonía de Getsemaní (Lc 22, 43-44), y,



### LA TRANSMISIÓN TEXTUAL DEL NUEVO TESTAMENTO

#### Manuscritos, variantes y autoridad

Juan Chapa

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2021 · 256 pp.

sobre todo, el fenómeno de las armonizaciones y las alteraciones del texto, que no tiene una fácil explicación.

El capítulo tercero tiene en cuenta la preocupación crítica por establecer el texto del Nuevo Testamento, una cuestión sobre la que la crítica textual desde hace unos años ha cambiado su perspectiva. De hecho, si antes se buscaba el “texto original”, hoy, viendo que esa es una tarea imposible (incluso se llega a decir que jamás hubo ese texto original, sino que desde el principio hubo diversidad de “textos originales”), el interés se centra en el “texto inicial” que proporcionan las ediciones críticas, que es el adecuado para que los especialistas trabajen sobre él.

El cuarto capítulo, partiendo de las variantes textuales, se fija en la fluidez del texto, llegando a considerarlo un “texto vivo”. Así, “no tenemos una única imagen de Jesús –ni siquiera cuatro retratos de Jesús–, sino tantas imágenes como manuscritos existen”

(p. 113). En este sentido, “es significativo –dice el autor– que la Iglesia no canoniza textos, sino libros” (p. 131).

El capítulo quinto se fija en las traducciones del Nuevo Testamento como “texto vivo”. Viene a ser la extensión del asunto de la fluidez textual, que se ha visto en capítulos anteriores, al mundo de las traducciones antiguas (siríaco, copto, latín, etc.). Este mundo depara alguna sorpresa, como la posibilidad de testigos de lecturas originales que desaparecieron de la versión griega por cuestiones doctrinales. En este capítulo encuentran un espacio las versiones latinas modernas, como la Neovulgata.

### Canon y autoridad

Los dos últimos capítulos se ocupan de cuestiones con un claro sesgo teológico. Así, el sexto afronta el problema de la producción de libros primitivos y el canon. Por ejemplo, ¿hay relación entre el canon y el formato códice, empleado muy mayoritariamente por el cristianismo de los orígenes? El capítulo séptimo, por último, trata el asunto del texto autoritativo. “Si solo tenemos manuscritos, ¿qué debe entenderse entonces por ‘texto autoritativo’” (p. 185). La respuesta –dice el autor– no es sencilla, habida cuenta de que hay varias acepciones de ese “texto autoritativo”. En todo caso, aquí aparecerá un dato que hoy es comúnmente admitido, aunque no carezca de carga paradójica: el texto bíblico, antes de serlo, es tradición viva de la Iglesia; por tanto, es solo ella la que, en último término, debe reconocer su autoridad para que realmente la tenga.

Finalmente, el libro se cierra con unas muy oportunas conclusiones “eclesiales” sobre el texto del Nuevo Testamento: en primer lugar, son textos subordinados a la oralidad; en segundo lugar, son textos comunitarios, y, en tercer lugar, son textos “kenóticos”, en el sentido de que, en ellos, la Palabra se hace “tinta y papiro”.

En resumen, un libro necesario, documentado y claro –a pesar de la dificultad del tema–, que ayudará a asomarse a un mundo normalmente desconocido, pero apasionante.

PEDRO BARRADO